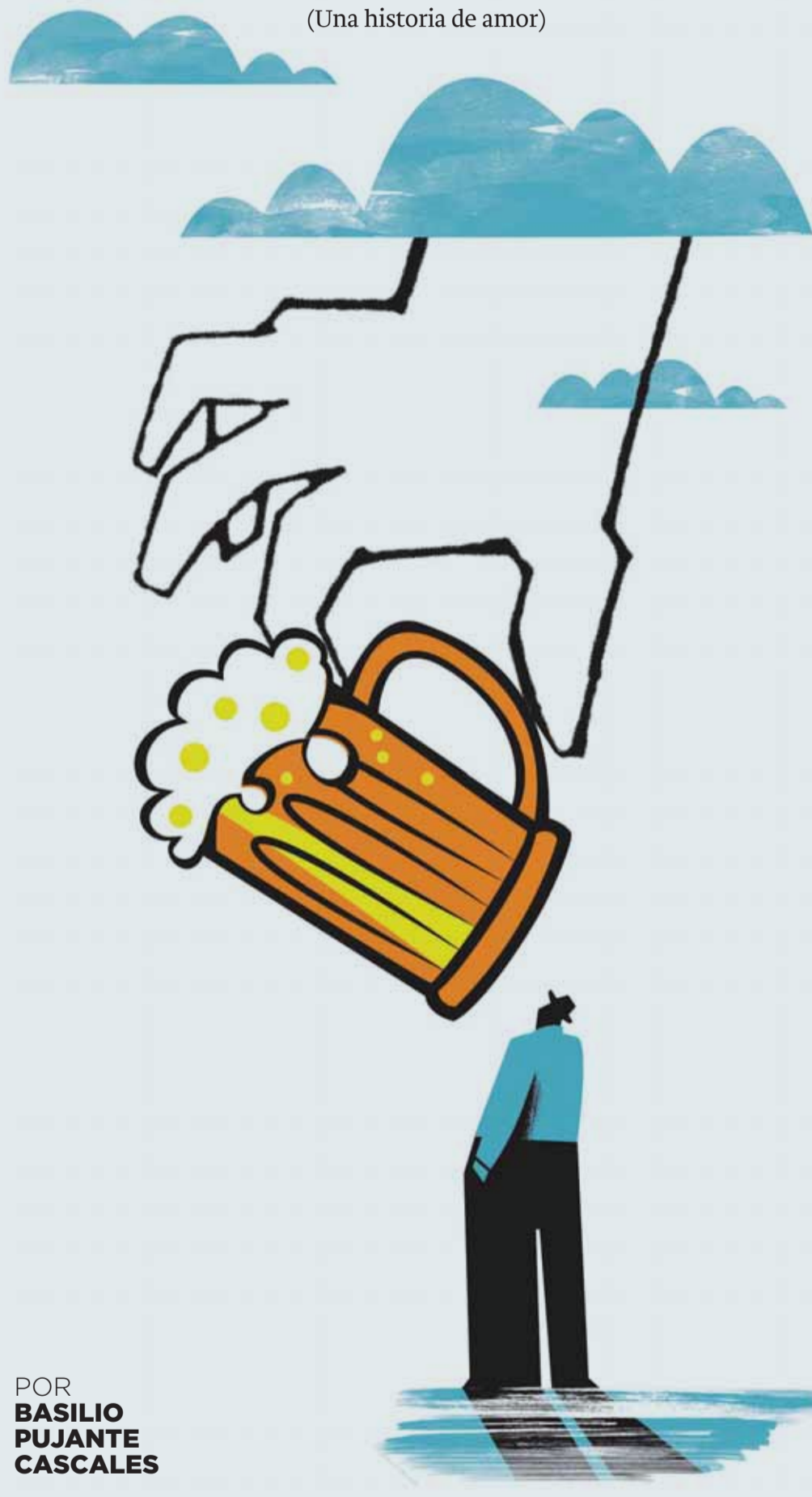


RELATOS

RENDIBÚ
CONCURSO DE ARTES

DIOS

(Una historia de amor)

POR
**BASILIO
PUJANTE
CASCALES**

Partamos de la omnipresencia de Dios. Según las religiones monoteístas, Dios puede estar en una piedra. O ser una mariposa. Dos mil años de Cristianismo nos han hecho creer que Dios es también omnipotente, una especie de Supermán con una kriptonita llamada Ateísmo. Dios, por lo tanto, lo puede todo y está en todas partes.

En este relato, sin embargo, Dios no será ese ser inabarcable y etéreo, sino una de sus múltiples encarnaciones. Tomará la imagen de una camarera de veinte años que atiende las mesas de una cafetería de la ciudad suiza de Berna. Porque Dios está en todas partes y lo puede todo, incluso hacer capuchinos y limpiar la barra en el invierno centroeuropeo.

Dios se acuesta todas las noches muy temprano para poder ir a trabajar sin sueño al día siguiente. Dios sueña lo justo, ya creó una vez un mundo y considera innecesario volver a hacerlo noche tras noche en su imaginación. Dios se levanta, también, muy temprano, porque la mayoría de los días le toca abrir la cafetería suiza en la que trabaja cuando el sol aún es una ilusión lejana en el cielo.

La cafetería de Dios se encuentra en Falkenplatz, muy cerca de la Universidad, y tiene un gran ventanal que da para un cruce que no podemos llamar plaza. Justo en la puerta hay una mesa y un banco para los raros días de sol y al lado una frutería atendida por dos pakistaníes. Por su cercanía al centro universitario, la cafetería está repleta, tanto por la mañana como por la tarde, de estudiantes provenientes de todos los cantones de la Confederación Helvética. Son jóvenes que ríen en voz baja con sus capuchinos hirviendo entre sus manos y con sus gorros y guantes secándose junto a los tres radiadores de la pequeña cafetería. Los estudiantes, que aprenden además de sus asignaturas a ser buenos ciudadanos suizos, pagan en la barra sus consumiciones y se despiden con un 'danke' apenas mascullado.

Dios, en su magnánima bondad, les responde a todos con una sonrisa de muchacha rubia de veinte años y les desea un buen día con la templada educación de las camareras suizas. En ocasiones, alguno de los estudiantes le responde a Dios con una sonrisa más cálida de lo habitual. Porque Ella, además de regir el destino del Universo, es una muchacha muy guapa, con unos ojos azules como la reverberación de una galaxia y con unos pechos pequeños y turgentes como manzanas del pecado original.

Uno de estos estudiantes es Hans, un joven estudiante de Derecho y aprendiz de poeta que se pasa las tardes en la cafetería con su té con leche, su libro de Robert Walser y sus miradas furtivas a Dios. Hans escribe poemas sobre aquella camarera con una piel tan blanca como la nieve

que rodea los psiquiátricos suizos. Ella nunca va más allá de su fría sonrisa, un gesto lleno de cortesía pero que no le da el coraje suficiente a Hans para proponer una cita. Así que nuestro joven aprendiz de poeta vuelve tarde tras tarde a la cafetería de Berna con cristalera a la avenida y por la

noche retorna a ella a través de las imágenes de Google Maps.

La perseverancia de Hans va, poco a poco, acortando la distancia sideral que les separa y Dios va aumentando la calidez de sus sonrisas e incluso acompaña con alguna palabra el 'danke' de rigor. Tanto que Hans se atreve,

una tarde que están solos en la cafetería, a preguntarle si le gusta Walser y consigue conocer su nombre humano. En pocos días, Walser les lleva a Rilke y éste a la infancia de Dios en un pequeño pueblo del Jura y de allí a una mesa en una pizzería del centro de Berna donde la cena da pie a un primer y casto beso con el que inician su relación.

Hans, por supuesto, no sabe que su chica, aquella a la que escribe horribles poemas con rima, es en realidad una divinidad adorada por millones de personas en todo el mundo. Y Dios, por supuesto, no le da motivos a Hans para pensar que Ella no es más que una joven camarera a la que le gustan las películas de Woody Allen, follar en el sofá y que se ruboriza como una niña cuando él la besa furtivamente en la cafetería.

Pero Ella sabe que no deja de ser un ente etéreo y omnipresente hecho carne en los 55 kilos de una muchacha suiza. Un ser que algunos llaman Dios, otros Yahvé, Alá, Dinero, y que Hans bautiza 'amor' en las febriles noches que pasan juntos. Ella también sabe que, a pesar de regir el destino de la Humanidad, no puede hacer nada.

No puede hacer nada cuando él le habla de un viaje por la costa de Croacia en el próximo verano. Dios sabe que tampoco puede hacer nada cuando, algunos días, Hans incluso le habla de vivir juntos, de un futuro con hijos rubios y mortales y de una vejez en el Sur. Porque Dios sabe que, a pesar de que le rezan cada día millones de creyentes pidiéndole milagros, Ella no puede hacer nada contra el destino, ni contra el libre albedrío de los conductores de autobús. Sabe que tampoco puede luchar contra la ley de la gravedad ni contra la torpeza de Hans, que resbala sobre el suelo mojado y es atropellado justo en frente de la cafetería. Incluso, Dios es incapaz de lograr que el corazón de Hans, ese que tantas veces le había ofrecido en sus poemas, siga latiendo.

Lo único que puede hacer Dios es abandonar la barra de su cafetería y que sus ojos, azules como los confines galácticos, sean lo último que vea Hans antes de morir. Antes de morir sin ver que Ella es incapaz de derramar una sola lágrima por él. Incapaz de sentir amor por un alguien minúsculo e insignificante para un Ser cuyo amor solo es capaz de expresarse en magnitudes interplanetarias. Así que le cierra los ojos a Hans y vuelve a su cafetería porque, además de un ser inmortal, Dios es una muchacha de veinte años que quiere terminar pronto su faena para volver a casa temprano.